

# EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

---

Nº 46 (2016), páginas 39-49

Íñigo Ongay de Felipe

American School de Bilbao – ORCID 0000-0001-9501-3995

## La filosofía de Ernst Mach desde el materialismo filosófico

### Resumen:

Se ofrecen en este trabajo las líneas de fondo más destacadas para llevar a efecto una reconstrucción del sistema filosófico de Ernst Mach desde las coordenadas ontológicas y gnoseológicas del materialismo filosófico. Se trata de una reinterpretación enérgica de algunos de los lugares centrales del pensamiento de Mach que trata de hacer justicia, frente a la crítica de Lenin en *materialismo* y *empiriocriticismo* (una crítica, si no nos equivocamos, profundamente desenfocada y aun simplista) a los tramos de su pensamiento filosófico que puedan comprenderse como haciendo pie sobre el materialismo en el que se sitúa la misma conciencia filosófica, sin por ello desentenderse de aquellos terceros componentes doctrinales del empiriocriticismo que acusan una destacada tenencia mundanista y monista. En este monismo mundanista sin embargo, Mach y Lenin coinciden abundantemente.

**Palabras clave:** Mach, empiriocriticismo, gnoseología, ontología, elementos

---

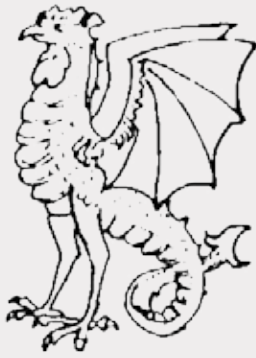
### Abstract:

This paper provides a reconstruction of the philosophical system of Ernst Mach from the standpoint of the Philosophical Materialism. It is a reinterpretation of some of the most salient aspects of Mach's thought which while highlighting those dimensions to his thinking that can be viewed as materialist (in contrast with Lenin's criticism in *Materialism* and *Empiriocriticism*, a critic profoundly flawed and even simplistic) also identifies those aspects of his thought that can without distortion be regarded as mundanist and monist. This mundanist monist is however something in which both Mach and Lenin clearly coincided.

**Keywords:** Mach, empiriocriticism, gnoseology, ontology, elements



Fundación Gustavo Bueno \* Avenida de Galicia 31 \* 33005 Oviedo (España)



## EL BASILISCO

### Fundador

Gustavo Bueno

### Director

Gustavo Bueno Sánchez  
(Universidad de Oviedo)

### Secretaría de Redacción

Raúl Angulo Díaz  
(Fundación Gustavo Bueno)

### Consejo de Redacción

Ismael Carvallo  
(Facultad de Filosofía de León, México)

Jesús G. Maestro  
(Universidad de Vigo)

José Arturo Herrera Melo  
(Universidad Veracruzana, México)

Patricio Peñalver  
(Universidad de Murcia)

Elena Ronzón  
(Universidad de Oviedo)

Pedro Santana  
(Universidad de La Rioja)

Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados por miembros del Consejo de Redacción

Revista evaluada por pares

EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral.

Fundación Gustavo Bueno  
Avenida de Galicia, 31  
33005 Oviedo (España)

<http://www.fgbueno.es/basilisco>  
[basilisco@fgbueno.es](mailto:basilisco@fgbueno.es)

© Fundación Gustavo Bueno  
ISSN: 0210-0088

Diseño: Piérides C&S  
Composición: PERMESO S.L.  
Imprime: Hifer Artes Gráficas  
Depósito Legal: O-343-78

# EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Número 46  
enero-junio 2016

## INDICE

### Artículos

- Carlos M. Madrid Casado** *Ciencia, Democracia y Corrupción (en ese orden) / 5*  
**Emmanuel Martínez Alcocer** *¿Qué es la ciencia española? Ensayo de una respuesta desde el materialismo filosófico / 21*  
**Íñigo Ongay de Felipe** *La filosofía de Ernst Mach desde el materialismo filosófico / 39*

### Reseñas

- José M. Rodríguez Pardo** *La gran conspiración del Estado Islámico / 51*  
**José M. Rodríguez Pardo** *Otra Historia de los Estados Unidos es posible / 57*  
**Carlos M. Madrid Casado** *Hombres islamizados, occidentales indignados / 65*  
**Emmanuel M. Alcocer** *El neonietzscheanismo español. ¿Un estudio sociológico? / 67*

### NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

*El Basilisco*, revista de materialismo filosófico, considera para su publicación todos aquellos trabajos, relacionados con su temática y secciones, que le sean remitidos con este fin: artículos, notas, crítica de libros, noticias, &c.

1. Los trabajos se enviarán en versión electrónica de texto, junto con una carta del autor en la que ofrezca su original para ser publicado en EL BASILISCO, y confirme que el trabajo es inédito y no se encuentra sometido simultáneamente a examen por otra revista o publicación, así como cuantas circunstancias puedan parecer pertinentes a los efectos de su evaluación (incluyendo una breve referencia personal del autor, que incluya el año de nacimiento y sus datos biográficos y profesionales más relevantes). Todos los envíos deben hacerse, por correo electrónico o postal a la dirección abajo indicada. Se acusa recibo de oficio de todos los originales que son enviados a la revista.

2. Los trabajos deben estar escritos en español y ser inéditos. No se aceptan trabajos publicados anteriormente, que hayan sido enviados al mismo tiempo a otra revista o se encuentren en curso de publicación. Cada original debe incluir el título del trabajo (que será conciso e informará al lector del contenido esencial del texto); el nombre del autor, en su caso la institución a la que pertenece o en la que desarrolla actividades docentes o investigadoras, un resumen informativo del texto en español y en inglés (que no exceda las 150 palabras cada uno), un conjunto de palabras clave o keywords en español y en inglés (entre cuatro y siete), el texto principal, las notas y la bibliografía (si procede). Si el original contiene tablas, cuadros o ilustraciones, se presentarán por separado (indicando en el texto el lugar donde deben insertarse). Las notas llevarán numeración correlativa y se presentarán juntas al final del texto. Dado que los originales son evaluados anónimamente, se aconseja que los autores no se identifiquen en el propio texto.

3. Rogamos a los autores atiendan estas sugerencias tipográficas: [fgbueno.es/edi/basnor2.htm](http://fgbueno.es/edi/basnor2.htm)

4. Los originales se someten a un sistema anónimo de evaluación por pares de especialistas externos (*peer to peer review*). Posteriormente se decide si procede o no su publicación, notificándose a los autores en el menor plazo posible. La aceptación final estará condicionada a la revisión e incorporación de las correcciones contenidas en los informes de evaluación.

### Correspondencia

EL BASILISCO, Apartado 360  
33080 Oviedo (España)

Teléfono: [34] 985 245 857

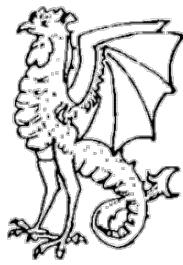
Fax: [34] 985 245 649

Correo electrónico: [basilisco@fgbueno.es](mailto:basilisco@fgbueno.es)

### Suscripciones

Particulares: 50 €/año  
Instituciones: 60 €/año





## La filosofía de Ernst Mach desde el materialismo filosófico

Íñigo Ongay de Felipe

American School de Bilbao

ORCID 0000-0001-9501-3995

---

### Introducción: la filosofía de Mach y Mach como filósofo

---

Comenzamos dando por descontado por vía empírica el «hecho», sin duda muy pertinente a efectos sociológicos generales, de que la figura de Ernst Mach no cuenta en nuestros días con demasiada presencia; y ello al menos cuando medimos dicha *presencia* en términos de sus *menciones* (para decirlo, reinterpretando por nuestra cuenta, la célebre distinción tan escolástica como fregueana entre «uso y mención») en artículos, revisiones bibliográficas, congresos, análisis, &c. Acaso para muchos Mach representa en nuestro presente, ante todo, la figura contra la que se delinea el conocido libro de Lenin *Materialismo y empiriocriticismo*, justamente destinado a *responder polémicamente* a la influencia machiana –pero también sin duda a la de Avenarius, o en general, a la pujanza del *empiriocriticismo*– entre muchos «marxistas» rusos de los comienzos del siglo XX (el libro de Lenin estaría fechado, como es conocido, el año 1908, tras la revolución de 1905, pero casi una década antes de la de 1917), como podría ser el caso de Aleksandr Bogdanov, sin ir más lejos, pero también de muchos otros. Esta crítica de Lenin procedería dando en todo momento por supuesto que el *machismo* –y en general el empiriocriticismo– representaría el epítome mismo del idealismo filosófico en la estela del obispo Berkeley, frente al cual el propio materialismo dialéctico quedaría dialécticamente delimitado, adquiriendo así su figura propia. Y ello según la consabida consigna engelsiana: «pensar es pensar contra alguien».

Lo que nosotros nos proponemos en el presente trabajo con ocasión del aniversario del fallecimiento de Mach en 1916 consistirá no tanto en impugnar por entero

el diagnóstico de Lenin, y ello dado que un tal diagnóstico nos parecerá en cierto modo ajustado, en cuanto que propende a constatar la presencia –desde nuestro propio punto de vista, indudable– de importantes componentes idealistas, pero también armonistas, mundanistas, monistas o en general metafísicos, inmaterialistas, en el pensamiento de Mach, cuanto justamente precisar los límites mismos de la efectividad de este diagnóstico, mostrando además, eso sí, los terceros componentes genuinamente materialistas de su filosofía. Componentes estos que llegarán a contrastar –y acaso un tal contraste comience a sonar para muchos de un modo inaudito, sorprendente y aun *grotesco*– con segmentos enteros de la filosofía de Lenin, que ahora resultarán, vistos a la luz de nuestras premisas, ellos mismos como tan metafísicos o más como los de Mach.

De este modo, acaso resulte muy adecuado anunciar desde el principio que de lo que estaríamos en el fondo tratando aquí es de ofrecer las líneas maestras de una *reivindicación* del machismo desde el materialismo. Sin embargo, es evidente que dicha reivindicación, si al mismo tiempo procede por vía *reinterpretativa*, no podrá ella misma pretender salir al paso al margen de todo sistema filosófico. Y así, este materialismo que atribuimos a Mach, así como también el propio idealismo, no podrá sin duda establecerse desde el plano *emic* definido por su filosofía misma, sino –y ello ya conlleva, sin duda ninguna, un riesgo que nos apresuramos a asumir– desde una vigorosa reconstrucción<sup>1</sup> (diríamos: *etic*) de la

---

(1) Nos inspiramos aquí en G. Bueno, *Ensayos materialistas*, Taurus, Madrid, 1972. Una aplicación de esta metodología a algunos lugares clásicos de la historia de la filosofía puede encontrarse en G. Bueno, *La metafísica presocrática*, Pentalfa, Oviedo, 1974, así como en Vidal Peña, *El materialismo de Spinoza. Ensayo sobre la ontología spinozista*, Revista de Occidente, Madrid, 1974. Más recientemente, Javier Pérez Jara se ha servido de estas mismas coordenadas esenciales para ofrecer una reconstrucción en forma del pensamiento de B. Russell en su *La filosofía de Bertrand Russell*, Pentalfa, Oviedo, 2014.

misma, a la luz de otras coordenadas que en modo alguno puedan considerarse como reductibles al machiano (aunque, *a sensu contrario*, este pueda, en efecto, quedar reanalizado desde aquellas). En nuestro caso, desde luego, un tal sistema de coordenadas necesarias y suficientes proviene de la ontología y la gnoseología del materialismo filosófico de Gustavo Bueno.

Y es que el pensamiento filosófico de Mach se ha interpretado, de hecho, de múltiples formas a lo largo del tiempo: Lenin lo conceptúa, por ejemplo, como una suerte de idealismo berkeleyano *avant la lettre* (algo que en este punto supone, según nos parece, un ejercicio modélico de la falacia del «hombre de paja»), pero también, y sin necesidad de comprometerse en manera alguna con la crítica leninista –y aun en abierta oposición a esta misma– el Círculo de Viena y muy en particular figuras tuyas tan destacadas como puedan serlo M. Schlick o P. Frank habrán tendido a contemplar los contenidos doctrinales de su filosofía desde un sensismo empirista que prefiguraría las tesis gnoseológicas del positivismo lógico. De ello, por ejemplo, ofrecen buen testimonio desarrollos institucionales tan relevantes respecto de la historia del Círculo de Viena como la cristalización de la Asociación Ernst Mach en la Viena de los años 20<sup>2</sup>.

Igualmente aquí residiría, según muchos, las raíces de la consabida influencia de Mach sobre Einstein. Una influencia que, tomando cuerpo a través de la mediación del ingeniero italo-suizo y entrañable amigo de juventud de Einstein, Michael Besso<sup>3</sup>, encontraría su fundamento más ajustado, desde un punto de vista interno, en la crítica machiana –una crítica que aparecerá sin duda alguna como enteramente *empirista* por su alcance– de los conceptos newtonianos de tiempo y espacio absolutos. Así por ejemplo, lo certifica el propio Einstein en su necrológica para Mach en el *Physikalische Zeitschrift* en 1916. Dice Einstein en tal obituario:

El lector ya habrá adivinado que estoy haciendo alusión aquí preferentemente a ciertos conceptos de la teoría del espacio y el tiempo, así como de la mecánica, que a través de la teoría de la relatividad han experimentado una modificación. Nadie puede negar a los teóricos

(2) La mejor exposición que conocemos de la historia del Círculo de Viena es la ofertada por Friedrich Stadler en su monumental *El Círculo de Viena. Empirismo lógico, ciencia, cultura y política*. FCE, México, 2011. Sobre la influencia destacadísima de Mach y el pensamiento machiano en el despliegue de la concepción neopositivista de las ciencias, creemos recomendable leer la contribución de Philipp Frank a la reunión anual de *American Association for the Advancement of Science* de diciembre de 1966, dedicada al cincuenta aniversario de la muerte del de Brno. Cfr. P. Frank, «The importance of Ernst Mach for the Philosophy of Science of our times», en, Robert Cohen y Raymond Seeger (eds), *Ernst Mach. Physicist and Philosopher*, Boston Studies in the Philosophy of Science, vol VI, 1970, pp. 219-234. En el mismo volumen, puede verse asimismo otra importante contribución de Frank: «Ernst Mach and the unity of science», pp. 235-244.

(3) Otra «vía de entrada» del influjo machiano sobre Einstein reside en la figura del físico, filósofo «machiano», adalid socialdemócrata y asesino del primer ministro austríaco Karl von Stürgkh en 1916, Friedrich Adler (1879-1960). Vid Peter Galison, «The Assassin of Relativity», en Peter Galison, Robert S. Cohen y Silvan S. Schweber, *Einstein for the 21st Century. His Legacy in Science, Art and Modern Culture*, Princeton University Press, New Jersey, pp. 185-204.

del conocimiento que han allanado el camino para esta evolución de los mencionados conceptos; al menos por lo que se refiere a mí mismo, soy consciente de que sobre todo Hume y Mach me han motivado en gran medida, directa o indirectamente. Ruego al lector que tome en sus manos la obra «Die Mechanik in ihrer Entwicklung» y vea en el segundo capítulo las reflexiones que aparecen numeradas como 6<sup>o</sup> y 7<sup>o</sup> («Newtons Ansichten über Zeit, Raum und Bewegung» y «Übersichtliche Kritik der Newtonschen Aufstellungen»). Podrá encontrar unos pensamientos magistralmente expresados, que todavía no han llegado a ser en modo alguno patrimonio común de los físicos<sup>4</sup>.

Sin embargo, puede detectarse igualmente un cambio de actitud por parte de Einstein hacia la figura de Mach, en paralelo acaso a su paulatino abandono del punto de vista gnoseológico del descripticismo en favor de un teoreticismo al estilo popperiano en el que el físico alemán terminaría por arribar<sup>5</sup>. En su interesante trabajo «Mach, Einstein and the Search for Reality»<sup>6</sup>, Gerald Holton interpreta este viraje anti-machiano por parte de Einstein a la manera de un tránsito del positivismo empirista de los tiempos de la Academia Olimpia en la Berna de los primeros compases del siglo XX junto con compañeros de fatigas como el insigne matemático rumano Maurice Solovine y Conrad Habicht<sup>7</sup> a un

(4) *Op cit*, Albert Einstein, «Ernst Mach» en: Albert Einstein, *Obra esencial* (Introducción, selección y edición de José Manuel Sánchez Ron), Crítica, Barcelona, 2005, p. 107.

(5) Tiene en este sentido el mayor interés reparar en las siguientes palabras de Einstein en su carta a Michele Besso fechada en Princeton el 6 de enero de 1948, en relación a la curiosa reconstrucción *teoreticista* de algunos episodios clave de la memoria semántica einsteiniana, al cabo de la cual, Hume aparece como más importante cara a la cristalización de la teoría de la relatividad especial que el propio Mach, &c. Señala Albert Einstein: «En cuanto a la influencia de Mach sobre la evolución de mi pensamiento, ha sido ciertamente muy grande. Recuerdo muy bien que tú me habías hecho prestar atención a su tratado de mecánica y a su teoría del calor en los tiempos de mis primeros años de estudios y que estas obras me habían causado una gran impresión. Hasta qué punto han influido sobre mi propio trabajo, hablando francamente, no lo veo con claridad. Por lo que recuerdo, D. Hume, ha ejercido sobre mí una influencia directa más grande. Lo leí en Berna en compañía de Conrad Habicht y Solovine. Pero, como acabo de decir, no estoy en condiciones de analizar aquello que quedó anclado en mi subconsciente. Por lo demás, es interesante observar que Mach rechazó con encarnizamiento la teoría de la relatividad restringida (ya no vivía en la época de la relatividad general). La teoría le parecía rebasar en especulación todo cuanto está permitido. No sabía que este carácter especulativo pertenece también a la mecánica de Newton y, en general, a toda teoría imaginable. No hay más que una diferencia de grado entre las teorías, en la medida en que los caminos del pensamiento desde los principios básicos hasta las consecuencias comprobables por la experiencia son de longitud y de complicación diferentes», *Ibidem*, p. 113. Sobre el cambio de actitud de Einstein hacia el descripticismo, tiene asimismo interés detenerse sobre la contribución de Michael L. Friedman («Space, Time and Geometry: Einstein and Logical Empiricism») al volumen colectivo coordinado por Peter Galison, Robert S. Cohen y Silvan Schweber (eds), *Einstein for the 21st Century. His Legacy in Science, Art and Modern Culture*, Princeton University Press, New Jersey, pp. 205-2016.

(6) Cfr. Gerald J. Holton, «Mach, Einstein and the Search for Reality», en: Robert S. Cohen y Raymond J. Seeger (eds), *Ernst Mach. Physicist and Philosopher*, Boston Studies in the Philosophy of Science, Boston, 1970, pp. 165-199.

(7) Información muy precisa sobre la animada «agenda lectora» de la Academia Olimpia en: Peter Galison, *Relojes de Einstein, Mapas de Pointcaré*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 262 y ss. Esta selección de lecturas no solo incluía efectivamente a Mach o a D. Hume, sino que también contemplaba figuras tan destacadas como las de J.S. Mill con su *Lógica*, R. Avenarius con su *Crítica de la experiencia pura*, H. Poincaré con su *Ciencia e hipótesis* o K. Pearson con su *La gramática de la ciencia*. Por cierto, acaso convenga advertir que a K. Pearson justamente –uno de los hitos más inexcusables

realismo anti-positivista. Consideramos evidente que las posiciones de Einstein respecto a Mach adquirirán en este punto una importancia indudable.

De otro modo, Einstein ejecutaría un giro verdaderamente drástico (uno de 180° diríamos, *sin revolución idéntica*) desde sus declaraciones de 1917 a M. Schlick según las cuales sin Mach (*y Hume*) «no hubiera llegado a la solución»<sup>8</sup> relativista a afirmar en 1922 en un encuentro parisino con el anti-machiano Emile Meyerson que Mach era un «*bon mécanicien*» pero un «*déplorable philosophe*»<sup>9</sup>. Entre medias, sin embargo, había salido a la luz los *Principios de la óptica física*, en cuyo prefacio, fechado en 1913, Mach podía marcar distancias frente a su supuesta simpatía por la teoría de la relatividad especial. Unas distancias –rigurosamente antiespeculativas, por decirlo así– de algún modo paralelas a las interpuestas por el propio Mach frente al atomismo en su sonada querrela con Planck, en la que el autor de *El análisis de las sensaciones* había tenido ya ocasión de defender posiciones muy enérgicamente refractarias al realismo de entidades.

Y así las cosas, acaso, antes de determinar si Mach es en efecto un filósofo deplorable, tenga interés discutir justamente su condición de filósofo; una condición, dicho sea de paso, negada de plano por el propio Mach, por ejemplo en *El análisis de las sensaciones* o en *Conocimiento y error*. Y es que, según su propia autoconcepción *emic*, sin duda, «no subsistiría ninguna filosofía de Mach»<sup>10</sup>, puesto que su punto de vista supondrá simplemente la re-exposición misma de los hechos característica de un naturalista escrupulosamente atento a la descripción de la realidad en cuanto tal.

Con todo, y operando frente a semejante auto-diagnóstico, contamos en el plano de los fenómenos documentales con un nutrido acopio de caracterizaciones formalmente filosóficas del pensamiento machiano: «Físico y filósofo», según la placa que conmemora su memoria en su casa natal de Brno en la República Checa, «filósofo, físico y psicólogo», al decir de la monografía pionera publicada por Hans Henning en Leipzig en 1915<sup>11</sup>, «físico y filósofo» de los Boston Studies in the Philosophy of Science.

Desde luego, nosotros vamos a proceder por nuestra parte por inclinarnos por la tríada de Henning, sin perjuicio de que la condición de filósofo presupuesta por una tal caracterización tampoco diga mucho (puesto que aparecería como una caracterización, entiéndase

---

del despliegue de la estadística biométrica tanto como de la propia eugenesia según el pulcro análisis de Carlos Madrid en «Estadística, eugenesia y fundamentalismo científico» en *El Basilisco* n° 45, 2015– dedicará Mach su obra fundamental *El análisis de las sensaciones*.

(8) Cfr, Peter Galison, *op cit*, pp. 265-266.

(9) Cfr, Gerald J Holton, *op cit*, p. 176.

(10) Cfr Ernst Mach, *Análisis de las sensaciones*, Altafulla, Barcelona, 1986, p. 323.

(11) Vid Hans Henning, *Ernst Mach al Philosoph, Physiker und Psycholog*, Leipzig, 1915

bien, no tanto falsa cuanto *lisológica*) al margen de toda determinación precisa del tipo –*morfológico*– de filosofía a la que nos estaríamos refiriendo. Desde nuestras coordenadas, tenderíamos a reformular esta situación de la manera siguiente: no es que la condición de físico para el caso de Ernst Mach (por caso: su trabajo categorial en acústica o en mecánica) y su condición consabida de psicólogo (sus desarrollos, por ejemplo, en el campo de la psicología de la percepción en los mismos años en los que W. Wundt podía fundar su famoso laboratorio en Leipzig) se mantengan compuestas externamente una con otra en yuxtaposición a su filosofía, sino que la perspectiva filosófica de Mach, precisamente procederá de haber advertido con claridad las inconmensurabilidades mutuas entre las escalas gnoseológicas propias de la física (de la mecánica o de la acústica) y la psicología (de la psicología de la percepción)<sup>12</sup>. Se trata, en efecto, de un desajuste constitutivo en cuanto a los planos operatorios entre cuyos límites podrán desenvolverse ambos rasantes categoriales que merecería la pena a nuestro juicio, denominar «el problema de Mach», puesto que Mach tuvo el mérito de detectarlo con total precisión, sin perjuicio de que su solución, en la línea del *regressus*, pase por reducir las texturas categoriales –*morfológicas*– de tales ciencias a un plano genérico –ahora *lisológico*–, pretendidamente común, al que regresar. Este *regressus* –tal nuestra tesis general en este trabajo– constituye una recuperación formalista de una escala gnoseológica monista desde la que todas las ciencias (esto es, tanto la física como la psicología, tanto la mecánica o la acústica, como la etología o la psicología de la percepción) son pardas. Algo sin duda muy expedito como *solución* de tal desajuste gnoseológico –insistimos, en el *regressus*– pero que, sin perjuicio de ello, terminará por hacer enteramente impracticable (y de ahí el formalismo del que hablamos) todo *progressus* posible hacia las morfologías gnoseológico-operatorias de partida.

En otras palabras –y he aquí, adviértase, el contenido principal de nuestra tesis en este trabajo–, sin perjuicio de haber barruntado certeramente, en el *ejercicio*, el principio gnoseológico de las categorías en cuanto que

---

(12) Esto es en general siempre así. G. Bueno se hace cargo de la situación con plena nitidez: «Y en general, parece prudente pensar que una situación en la cual el desarrollo tecnológico, científico y cultural de un lugar concreto no ha producido todavía estructuraciones que están rebasando ya el punto crítico en el que los diferentes círculos de actividades profesionales se cierran sobre sí mismos y se ignoran mutuamente, es más favorable para la filosofía que una situación en la que el paso de este límite ya se ha producido. Porque en aquel caso la intersección efectiva de las diversas actividades categoriales (políticas, tecnológicas, artísticas, científicas) piden desde dentro una aclaración filosófica. Pero cuando aquel punto crítico ha sido alcanzado, entonces, con gran probabilidad, serán las llamadas «tareas interdisciplinares», incluso las «tareas de síntesis» aquello que, no solamente sustituirá, sino también bloqueará las posibilidades efectivas de desarrollo de un pensamiento filosófico cuyas raíces han de nutrirse de terrenos más heterogéneos y duros- lo que hace mucho más probable su mera desaparición o su vida latente.», cfr. Gustavo Bueno, «Don Pedro Caravia en mis recuerdos de los años sesenta.», en *Sobre Asturias*, Pentalfa, Oviedo, 1991, pp. 41-42. Diríamos por nuestra cuenta que si precisamente Mach pudo pensar filosóficamente, ello se debe a haber permanecido instalado, en tanto que físico y psicólogo, en este «punto crítico» que se alimentará de la intersección auto-contextual de ambos círculos categoriales.

esencialmente entreverado con un pluralismo ontológico radical<sup>13</sup>, Mach se habrá visto obligado a negar (sobre todo ahora en la *representación*) tal principio como constitutivo del campo mismo de las diferentes ciencias a favor de una comprensión ontológica y gnoseológica de las mismas de signo radicalmente monista. Este monismo ontológico y gnoseológico nos ofrece, sin embargo, la medida misma del carácter verdaderamente metafísico que atribuimos a su sistema filosófico.

---

## § 1. El problema de Mach

---

Lo que aquí conceptuamos como «el problema de Mach»<sup>14</sup> lo haremos consistir ante todo en la imposibilidad de coordinar, sin solución de continuidad operatoria, las escalas gnoseológicas respectivas a las que se ajustan, de un lado, los conceptos psicológicos y fisiológicos (en general los conductuales diríamos, en cuanto que proporcionados a una escala *Beta operatoria*, por usar una terminología que Mach desde luego no utiliza), y los mecánico-físicos, *Alfa operatorios*. Se trata sin duda de un problema —él mismo filosófico, en cuanto que arrastra la consideración de la inconmensurabilidad interna entre los campos categoriales plurales que se entretujan en nuestro mundo práctico— que Mach pudo llegar a percibir a través de su propia actividad como físico y como psicólogo, y no, precisamente, de modo enteramente al margen de dicha actividad.

Ahora bien, sin perjuicio de lo dicho, y como hemos tenido ocasión de señalar ya en repetidas ocasiones, el problema mismo —y de esto, si no nos equivocamos, Mach ya no pudo darse cuenta con excesiva claridad<sup>15</sup>—, sería propiamente filosófico, y no ya físico o psicológico

---

(13) Para este asunto, véase Gustavo Bueno, *Teoría del cierre categorial*, vol 2, en especial el epígrafe fundamental para el problema que nos ocupa, que lleva por título «El principio de las categorías implica el principio de symplekê», pp. 187-196.

(14) Hacemos uso aquí de la noción de «problema» como contradistinta del plural «problemas» en el sentido en que lo emplea Bueno en su trabajo «España» publicado en la Revista *El Basilisco* en 1998. «Problema» remite aquí a la sabiduría filosófica en lo que esta tiene de organización «geométrica», *suo modo*, de las ideas que atraviesan una pluralidad de campos científicos, sin quedar por ello reducidas a ninguno de ellos en particular, frente a esto a los «problemas» harían más bien pie en los *conceptos* tallados por cada una de las diversas disciplinas categoriales, sean estas a su vez tecnológicas, científicas, políticas o religiosas (y de ahí su conexión esencial a los *teoremas*, y es que, como ya sabemos desde los *Elementos* de Euclides, no hay ni puede haber problema al margen de todo teorema más o menos precisamente formulado). En este sentido, como se podrá advertir el «problema de Mach», en el sentido en el que haremos referencia a él en este trabajo, es justamente este: la cuestión de la coordinación entre una pluralidad de conceptos científicos que se comenzará por entender como inconmensurables entre sí. Al respecto de esta distinción entre «problemas y problema» puede verse, Atilana Guerrero Sánchez, «Reivindicación del platonismo», *El Catoblepas*, n° 173, julio de 2016, pág. 1.

(15) Recuérdese en este punto su consejo *galeata* (para el uso de este término, remitimos al lector a Gustavo Bueno, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*; Ciencia Nueva, Barcelona, 1970) «no hay una filosofía de Mach», en *Conocimiento y error* y en otros lugares de su obra. Una consigna sin duda, muy al gusto del neo-positivismo vienés pero también de la filosofía espontánea de los científicos de nuestros días.

(en general categorial) por cuanto involucraría la movilización de un tipo de sabiduría ajustada al tratamiento de ideas trascendentales que, si bien se recortan entre los intersticios de los conceptos científico-positivos (también tecnológicos o religiosos o políticos, &c.), y atravesando una pluralidad de campos, ya no podrán, por lo mismo, considerarse como reductibles a ninguno de ellos. Mach mismo, por ejemplo en sus célebres trabajos para la revista *The Monist*<sup>16</sup>, reconoce, en esta línea, una multiplicidad de conceptos de Espacio (geométrico, físico, psicológico-perceptivo<sup>17</sup>), advirtiendo por lo demás, la plena discontinuidad entre los mismos. Así, sostiene Mach:

Ya se ha hecho notar repetidas veces la diferencia entre el sistema de nuestras sensaciones espaciales, el espacio psicológico si así podemos llamarle, y el espacio geométrico (es decir, el espacio euclidiano). Y esto, no solo es aplicable al espacio visual, sino también al táctil de los ciegos en comparación con el geométrico. El espacio geométrico es homogéneo en todas sus partes y direcciones, es ilimitado e infinito (en el sentido de Riemann). El espacio visual es limitado y finito, y además como lo indica la bóveda celeste aplanada, de distinta extensión en las diferentes direcciones. Por el achicarse de los cuerpos cuando se alejan y su aumentar cuando se acercan al espacio visual, se parece más a ciertas figuras de los metageómetros que al espacio euclidiano. El espacio visual comparte con el táctil las diferencias de «arriba», «abajo», «delante» y «detrás», y tomados exactamente el «derecha» e «izquierda». Tales diferencias faltan en el espacio geométrico. El espacio fisiológico es al geométrico en los hombres y demás animales de constitución semejante, como un medio de tres dimensiones a uno de cuatro.<sup>18</sup>

Ahora bien, es lo cierto que un tal reconocimiento, para el caso de Ernst Mach, de las discontinuidades mutuas entre los campos categoriales de la mecánica y de la fisiología (es decir, lo que es equivalente según lo podemos reinterpretar por nuestra parte: el reconocimiento del principio de las categorías), no involucra sin duda la hipostatización de las mismas. No se trata tanto, ciertamente, de que la psicología se ocupe de «la mente» (digamos, de M2) en tanto que la física se circunscriba al ámbito de «los cuerpos» (en este contexto: de M1), puesto que en realidad toda construcción científica incorpora necesariamente componentes primogénicos (esto es, corpóreos), tanto como segundo-

---

(16) Tres artículos publicados entre 1901 y 1903 y que pueden consultarse en: Ernst Mach, *Geometry and Space*, The Open Court Publishing Company, La Salle-Illinois, 1960

(17) Se trata de un reconocimiento en el que asimismo abundaría uno de los adalides del Círculo de Viena. Rudolf Carnap, en su tesis doctoral *Der Raum* del año 1922 publicada en un número especial de la revista *Kant Studien*, y bajo el influjo directo de Kant, pero también de Edmund Husserl y del propio Kant, distingue un espacio formal (que en términos de Mach haríamos bien en consignar como *geométrico*), de otro físico y uno «intuitivo» (de naturaleza eminentemente perceptivo-psicológica). Una distinción en todo punto coincidente con la de Ernst Mach. Agradecemos al revisor anónimo el habernos hecho reparar en esta temprana fuente carnapiana.

(18) Cfr. Ernst Mach, *Análisis de las sensaciones*, Alta Fulla, Barcelona 1987, pp. 162-163



genéricos o esenciales tercio-genéricos<sup>19</sup>. Algo que Mach, según nos parece, no habría desconocido del todo. De hecho, según Ernst Mach se hace cargo del asunto, los contenidos corpóreos y los psicológicos (imágenes némicas, sensaciones cromáticas o cenestésicas, &c.) solo podrán darse en tanto que componentes intercalados recíprocamente, siguiendo con ello muy de cerca, por vía ejercitiva, un esquema diamérico de conexión entre dos conceptos que ahora podrán comenzar a aparecer como conjugados (en el sentido de Gustavo Bueno<sup>20</sup>) de la *mente y el cuerpo*; tal intercalación aparecería como singularmente refractaria tanto a su reducción mutua – sea esta a su vez de signo naturalista o espiritualista – como a su mera yuxtaposición en virtud de la consabida tesis del *paralelismo psico-físico*:

También el yo, así como las relaciones del cuerpo con el yo, da ocasión a un pseudoproblema análogo al anterior, cuya médula se indicará brevemente a continuación. Los elementos estudiados anteriormente los indicaremos por las letras *A, B, C... K, L, M... a, b, y...* Los complejos de colores, sonidos, etc, que habitualmente llamamos cuerpos los designaremos para mayor claridad por las letras *A, B, C...*; el complejo que llamamos nuestro cuerpo y que no es más que una parte del complejo anterior, obtenida por aislamiento o separación, lo llamaremos *K, L, M...* y al complejo de voluntad, imágenes mnemónicas, etc, lo designaremos por las letras *a, b, y*. Generalmente oponemos el complejo *A, B, C* como mundo corpóreo a los complejos *K, L, M* y *a, b, y* que consideramos como formando el yo; otras veces *a, b, y* es considerado como el yo y opuesto a los complejos reunidos *ABC* y *KLM* a los que consideramos como el mundo de los cuerpos. Primeramente aparece *ABC* como independiente del yo y frente a éste. Pero, esta independencia es solo relativa y no resiste un examen atento. En el complejo *a, b, y...* puede efectivamente hacerse una alternación sin que en *ABC* se note nada, y a la inversa. Sin embargo, muchas variaciones en *a, b, y...* pasan, a través de *K L M*, a ser variaciones en *A B C...* y a la inversa ( cuando por ejemplo, representaciones de cierta intensidad se traducen en actos o lo que nos rodea produce en nuestro cuerpo alteraciones importantes). Con esto *KLM* aparece en relación con *a, b, y...* y también con *ABC*, así como también estos últimos entre sí. Estas relaciones encuentran su expresión en nuestros pensamientos y en nuestras palabras habituales.

Pero si nos fijamos exactamente, veremos que *ABC* siempre está determinado por *KLM...* Una figura cúbica, un dado por ejemplo, nos aparecerá si está cerca, grande; si

está lejos, pequeño; si le vemos solo con el ojo izquierdo, otro que si le vemos con el ojo derecho, y si cerramos los ojos nos parecerá que no existe. Por tanto, las propiedades de uno y el mismo objeto, aparecen modificadas por nuestro cuerpo, condicionadas por éste. ¿Dónde está pues la identidad de un mismo objeto que tan diferente se nos aparece?. Todo lo que puede decirse es que distintos *ABC... están ligados a distintos KLM.*<sup>21</sup>

Y es que efectivamente Mach pudo creer haber dado cuenta de la distinción entre el rasante físico y el psicológico en virtud de la combinatoria conjugada entre tales componentes *ABC, KLM* y *aby*.<sup>22</sup>

De este modo, si tomamos el admirable libro *El desarrollo histórico-crítico de la mecánica*, lo que se abre en el horizonte, en primer lugar, es una terminante reconsideración continua del papel gnoseológico de *los contextos determinantes* en la conformación de teoremas mecánicos. Y ello lo mismo en dinámica como en estática. El lector que se acerque a este libro lo que encontrará, en primer lugar, es una pluralidad muy frondosa de diagramas de máquinas, poleas, palancas, relojes, péndulos simples y dobles, &c. De donde, se diría, que el consabido sensismo machiano, indudable en el plano de la representación, queda limitado muy drásticamente en el propio ejercicio de Mach en tanto que historiador de la ciencia. Simplemente sucederá que Mach se verá obligado, ante el trámite de dar cuenta rigurosa (*histórico-crítica*) del desenvolvimiento de una ciencia como la mecánica, se verá forzado, sin perjuicio de su sensismo ejercido<sup>23</sup>, a reinterpretar el papel gnoseológico de la *experiencia* de un modo auténticamente *baconiano*, es decir, en tanto que *experiencia operatoria* precisamente, inextricablemente vinculada a las operaciones quirúrgicas, sean analíticas

(21) Cfr Ernst Mach, *op cit*, pp. 8-9

(22) Y ello del modo siguiente: «Veo ante mí la hoja de una planta. El verde (A) de la planta va unida a una cierta sensación espacial óptica (B), a una cierta sensación táctil (C) y a la luz del sol o de una lámpara (D). Cuando en lugar de la luz del sol aparece el amarillo de la llama del natrio (E), el verde de las hojas se transforma en pardo (F), cuando por la acción del alcohol separamos la clorofila, operación que también es representable por elementos sensibles, el verde (A), se transforma en blanco (G). Todas estas observaciones son de índole física. Sin embargo el verde (A) está ligado a un proceso de mi retina. En principio, nada impide que yo estudie este proceso en mi ojo de la misma manera que en los casos antes mencionados lo resuelva en los elementos *KYZ...* Si encuentro dificultades para hacer la observación en mi propio ojo, puedo hacerlo en el de otra persona llenando los vacíos o lagunas por analogía exactamente como en otras observaciones físicas. Ahora bien A, en su dependencia de B, C, D, E..., es un elemento físico, en su dependencia de XYZ, es una sensación y puede ser también considerado como elemento psíquico. Pero el verde (A) no es alterado en su naturaleza, ya pongamos nuestra atención en una u otra forma de dependencia. Yo no veo por tanto ninguna oposición entre lo físico y lo psíquico, sino sencillamente identidad con respecto a estos elementos En la esfera sensible de mi conciencia cada objeto es a la vez psíquico y físico.» *Ibidem*, p. 40

(23) Un sensismo que, insistimos, resulta indudable *en el plano de la representación*: «Un cuerpo es un conjunto relativamente constante de sensaciones táctiles y visuales, asociadas con la mismas sensaciones de tiempo y de espacio. Leyes mecánicas, como por ejemplo aquella de la aceleración recíproca de dos masas, dan mediata o inmediatamente, las conexiones existentes entre las sensaciones táctiles, las visuales y las de espacio y tiempo. Ellas solo conservan un *sentido inteligible* a través de su contenido sensorial (a veces muy complicado)», Cfr, Ernst Mach, *Desarrollo histórico crítico de la mecánica*, Espasa-Calpe, Buenos Aires-México, p. 423.

(19) Véase la voz «Géneros de materialidad» en el Glosario de *Teoría del cierre categorial*, vol 5, Pentalfa, Oviedo, 1993: «Alguien ha sugerido que las ciencias físicas y naturales se mueven en el ámbito de M1, que las ciencias psicológicas, etológicas, &c se mueven en el ámbito de M2, y que las ciencias formales se circunscriben al ámbito de M3. Pero tal correspondencia es engañosa y supone una desconexión inadmisibles entre los géneros de materialidad. En realidad las ciencias físicas no se mueven únicamente en el ámbito de M1, puesto que también establecen esencias y utilizan operaciones. La Etología y la Psicología no pueden dar un paso al margen de M1 y de M3, y las ciencias formales no pueden decretar nada a espaldas de las figuras de M1 y de las operaciones de M2», Cfr. Gustavo Bueno, *op cit*, pp. 210-211.

(20) Remitimos al crucial artículo de Gustavo Bueno, «Conceptos conjugados», *El Basilisco*, n° 1, 1978.

sean a su vez sintéticas, con términos referenciales en el contexto de máquinas simples o compuestas. En efecto, «toda la potencia de los hombres se reduce a acercar y a alejar cuerpos», habría defendido el canciller Bacon.

Efectivamente: la situación, tal y como podemos por nuestra parte redefinirla nosotros, resulta en este punto muy característicamente dialéctica. Y es que ciertamente, si bien la representación decididamente fenomenista de Mach parece mantenerse muy cercana al *descripcionismo gnoseológico* del Otto Neurath de las proposiciones protocolarias (*lo que veo, veo*) –y ello como si las ciencias pudiesen resolverse en la figura hegeliana del *espíritu subjetivo*–, su ejercicio, sin embargo, en tanto que ejercicio de un historiador competente que conoce muy bien su propio campo, no podría pasarse sin un reconocimiento exhaustivo de la importancia de las operaciones manuales, algo que ahora contribuiría a alejar a Mach de Neurath, por decir así, al tanto que lo acercaría a alguien como Percy Williams Bridgman.

En particular, la célebre crítica de Mach a Newton que tanta importancia alcanzará en el desarrollo de la teoría de la relatividad por ejemplo, no estaría tanto movilizadora tanto si no nos equivocamos, por una suerte de querencia empirista-fenomenista abstracta, cuanto por la misma evidencia crítica de que el tratamiento newtoniano del espacio y el tiempo absolutos<sup>24</sup> es algo que necesariamente desbordará cualquier sistema mecánico – inexcusablemente artificial– dado, al que la ciencia de la mecánica pueda ajustarse constructivamente. Y ello puesto que el universo, en tanto que *omnitud realitatis*, de ningún modo es un sistema mecánico (esto es, justamente una máquina) ni puede en absoluto decirse que la mecánica, sea la newtoniana sea a su vez la relativista o aun la cuántica, aparezca como la ciencia del universo en tanto que tal uni-verso. Afirma Mach:

Es apenas necesario observar que también en estas consideraciones Newton contradice su idea de tratar solamente de investigar los *hechos*. Nadie puede decir algo sobre el espacio absoluto o sobre el movimiento absoluto que no sean meras abstracciones sin manifestación posible en la experiencia. Todos nuestros enunciados fundamentales de la mecánica como lo hemos mostrado detalladamente, son experiencias sobre posiciones y movimientos *relativos* de los cuerpos. Nosotros no podemos ni debemos admitirlos sin pruebas en los campos en los que actualmente se les reconoce validez. Nadie está autorizado para extender estos enunciados fundamentales más allá de la experiencia. Como tal extensión no tendría sentido, nadie sabría usarla.<sup>25</sup>

(24) Y aquí Newton estaría razonando como un teólogo escolástico según Mach pudo ponerlo de manifiesto en completa concordancia, dicho sea de paso, con investigaciones históricas como las de A. Koyré sobre el *Escolio general* de los *Principia*.

(25) Cfr Ernst Mach, *Ibidem*, pp 194.

Igualmente, se haría necesario referirse, en este contexto, a la crítica de la definición de la masa en tanto que producto de la densidad y el volumen por su carácter operatoriamente vacío, pseudo-definicional, tautológico. Nos parece que Mach está advirtiendo justamente el vacío operatorio en el que se movería tal definición newtoniana, dado ante todo que la masa solo podrá caracterizarse suficientemente en el contexto preciso de las relaciones dinámicas entre una multiplicidad de cuerpos dados entre sí, y ello, entendiéndose, en la sabiduría *operacionalista* de que tal multiplicidad, así como sus relaciones mutuas, no puede sino constituir un sistema artificial, en sí mismo contingente por mucho que desde su inmanencia se genere, de modo constructivo, relaciones necesarias de identidad sintética entre los términos del sistema.

Con esto queremos asimismo contribuir a corroborar por nuestra parte el ajustado diagnóstico que ofrece Gustavo Bueno en el volumen tercero de su *Teoría del cierre categorial*<sup>26</sup> sobre el alcance gnoseológico de la interpretación machiana de los principios de la mecánica newtoniana en relación con la fórmula *hypotheses non fingo*. De acuerdo a un tal análisis, al que aquí nos empezamos por acoger, la reconstrucción de los principios newtonianos por parte de Mach no agradecería tanto una conceptualización teoreticista ni aun una descripcionista, sin que ello quiera en absoluto decir que dicha interpretación se resuelva tampoco en un adecuacionismo gnoseológico. Mach estaría viendo a Newton desde un circularismo ejercitado en virtud del cual quepa ciertamente sostener que las hipótesis no constituyen tanto una transparente re-exposición de los fenómenos del campo que los dejaran intactos, ni tampoco crucialmente un armatoste teórico autónomo respecto a los mismos, aunque luego pudiese adecuarse a ellos o acaso *quedar falsado* por contraste negativo, &c. Por el contrario, y aquí reside el contenido circularista de la interpretación machiana sobre Newton, las hipótesis comparecerían ante todo como intercaladas entre los propios fenómenos en los procesos de construcción científica, sin perjuicio de que justamente los fenómenos se rubriquen siempre tanto en cuanto *términos a quo* de los que partir como en su condición de *términos ad quem* a los que regresar.

Ahora bien, aunque ello sea así (y en efecto nos parece que así es), resulta en todo caso cierto al mismo tiempo que la concepción general de las ciencias que Mach ha representado contrasta poderosamente con este su circularismo ejercido. Así, una tal concepción general tendería según nos parece, a contemplar las ciencias como si estas tuviesen la función esencial (aunque sin duda metafórica) de «sustituir» o «ahorrar» la *experiencia* mediante imágenes y representaciones mentales de los *hechos*, por cuanto además tales representaciones de la

(26) Cfr, para lo que sigue, Gustavo Bueno, *Teoría del cierre categorial*, vol 3, Pentalfa, Oviedo, 1992, pp. 202-206



experiencia pudiesen ser consideradas ellas mismas como «más fáciles de manejar» que la experiencia misma. Se trata de aquello que Mach conoce como *principio de economía del pensamiento* (algo, ya se ve, muy análogo a la *ley de mínimo gasto de la energía mental* defendida por Avenarius). Ahora bien, una concepción de la ciencia tal, aunque tampoco necesitemos considerarla en general errónea, se nos presentaría, en todo caso, como *genérica (no específica)* a otros contenidos institucionales no científicos. Y es principalmente Mach quien ratifica de un modo muy nítido esta impresión en el *Desarrollo de la mecánica* al señalar que, sin ir más lejos, los lenguajes gramaticalizados constituyen también organizaciones económicas de la experiencia sin necesidad de ser campos científicos.

Y esta es, ante todo, la cuestión principal en este punto: en la medida en que dicha doctrina propende a contemplar las ciencias en sus funciones *economizadoras* (e insistimos, emplear aquí el concepto de *economía* no es mucho más que una metáfora confusionaria y oscurantista, en su carácter mentalista), empezará precisamente por quedar definida en el terreno –psicológico– en el que tienen lugar las relaciones entre el *pensamiento y la experiencia*, siendo así que, por ende, la escala propiamente gnoseológica, caracterizada por el análisis de las ciencias a la luz del par «materia-forma», habría quedado disuelta en función de una escala epistemológica definida por la distinción entre las nociones de «sujeto» y de «objeto». Una circunstancia, por cierto, advertida con todo acierto por Edmund Husserl en sus *Investigaciones lógicas*<sup>27</sup>. La crítica de Husserl del uso del principio de economía por parte de Mach o de Avenarius pasa ante todo por poner de manifiesto el grado en el que este terminará por abocar al psicologismo. Lo que Husserl en efecto estaría percibiendo aquí, con toda razón según nos parece, es precisamente la difuminación de la idea de verdad científica, en cuanto que esta, a su vez, resulta inseparable de la materialidad tercio-genérica, esencial, en el seno de despieces epistemológicos de los cuerpos de las ciencias como los que puedan sacarse adelante bajo la directriz del principio de economía de Mach o de Avenarius.

Y es que de hecho, sobre todo en su obra *Conocimiento y error*<sup>28</sup>, el principio de economía de Mach termina por abocar a su misma disolución en el hondón de una teoría del conocimiento genérica a la escala gnoseológica. A la luz de esta teoría epistemológica de las ciencias positivas, los campos categoriales científicos tenderán vigorosamente a ser concebidas como formas de conocimiento biológicamente adaptadas al entorno en el que los organismos conducen, darwinianamente, su lucha por la vida. Muchos han situado aquí la importancia que

(27) Cfr. Edmund Husserl, *Investigaciones lógicas*, vol 1, Revista de Occidente, Madrid, 1929. La crítica de Husserl a Mach y a Avenarius en el capítulo IX: «El principio de la economía del pensamiento y la lógica».

(28) Ernst Mach, *Conocimiento y error*, Espasa Calpe, Buenos Aires-México, 1948

cabría reconocer al pensamiento machiano en tanto que precedente de la biología del conocimiento en la estela de la llamada epistemología naturalizada de nuestros días<sup>29</sup>. Y no negamos, entiéndase este extremo, que esto sea así, lo que decimos es que la escala propiamente gnoseológica resulta con ello enteramente rebasada en su especificidad en la dirección de una descomposición genérica de las morfologías categoriales que hipostatizase sus momentos cognitivo-epistemológicos, esto es, lo que en efecto las ciencias tienen –genéricamente– de conocimiento<sup>30</sup>.

En todo caso, una reinterpretación formalmente gnoseológica (en este caso desempeñada desde la teoría del cierre categorial) de la importancia del principio de parsimonia obligaría a reconsiderar dicho principio como una *norma*, es decir, como una figura del eje pragmático del espacio gnoseológico del cuerpo de las ciencias. En particular, el principio de parsimonia comenzará a figurar ahora como una norma de construcción científica que, lejos de representar una apelación, sin duda metafísica ella misma, a la simplicidad del mundo o del pensamiento *qua talis*, se conduciría en realidad en una dirección limitativa respecto de las tramas de construcción teórica *esencial* que puedan considerarse como gratuitas en cuanto incoordinables en relación a los *fenómenos y a las referenciales*<sup>31</sup>. Lo que con ello queremos señalar es ante todo esto: la simplicidad en cuanto que figura normativa (pragmática) del espacio gnoseológico, entre cuyos límites encontramos hacedero analizar los componentes plurales de los cuerpos científicos, resultará, como tal principio pragmático inseparable, aunque sea disociable de ellos, de los sectores semánticos (y también de los sintácticos) del mismo espacio gnoseológico. A la luz de estas coordenadas, por ejemplo, nos parece posible reinterpretar con pleno sentido gnoseológico (un sentido que sería en cambio muy difícil de justificar de otro modo y de ahí la fertilidad que atribuimos a esta línea de análisis), no solamente la parsimonia «economizadora» machiana –fuera ahora de todo compromiso francamente mentalista como los que mantienen prisionera las propias metáforas vulgares de Ernst Mach– sino aun posiciones sobre este mismo principio como las de John Stuart Mill en su *Examen de la filosofía de Sir William Hamilton* de 1865 (*el principio de parsimonia es una modulación de la norma práctica de no creer en nada de lo que no haya evidencia*<sup>32</sup>), sin perjuicio asimismo del oscuro mentalismo en el que todavía se mantiene Mill desde el

(29) Véase la entrada «Ernst Mach» en la prestigiosa *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <http://plato.stanford.edu/entries/enrnt-mach/>. Última visita el 20 de junio de 2016.

(30) Remitimos a Gustavo Bueno, *Teoría del cierre categorial*, vol 1, Pentalfa, Oviedo, 1993. Especialmente atiéndase a su cap 5: «El enfoque epistemológico».

(31) Véase para esto: Gustavo Bueno, *Teoría del cierre categorial*, vol 1, Pentalfa, Oviedo, 1993, pp. 125 y ss.

(32) Cfr. John Stuart Mill, *An Examination of Sir William Hamilton's Philosophy*, Routledge and Keagan, 1865. Una reconstrucción del argumento de John Stuart Mill en una dirección en todo análoga a la que nosotros proponemos aquí en el reciente libro de Elliott Sober, *Ocham's Razors. A user's manual*, Cambridge University Press, 2015, pp. 49-50

momento en que sus análisis se mueven todavía dentro del plano epistemológico (de ahí su *evidencialismo*).

A *sensu contrario*, cuando comienza por darse por presupuesto, procediendo con ello según la inspiración proveniente de una metáfora tosca, que la economía es una *ley general* del pensamiento o de la *omnitudo realitatis*, entonces empezarán igualmente a comprenderse las razones por los que el principio de las categorías, muy certeramente advertido por Mach como hemos tenido ya ocasión de señalar, y que, al margen de dichas coordenadas garantiza precisamente la soberanía de cada ciencia en su campo operatorio, aparecerá ahora, en cambio, como problemático por anti-económico, es decir, como el indicio más seguro de un inadmisibles despilfarro de *energía mental* que habrá que procurar rectificar en nombre de la *simplicidad*. Ernst Mach no solo subraya la circunstancia, sin duda que central a efectos tanto gnoseológicos como ontológicos, de que los conceptos psicológicos resultarían al parecer tan inaplicables al campo físico como la recíproca, sino que además parece sobreentender asimismo que una tal discontinuidad constituye ella misma una suerte de apariencia ella misma transitoria (y esto es en esencia lo que aquí conocemos bajo el rótulo de «el problema de Mach») que será necesario rebasar resolutivamente («la solución de Mach») por la mediación de un análisis adecuado de ambas categorías tendente a demostrar que ellas mismas, sin perjuicio de las apariencias, no son otra cosa que partes componibles y continuas de una *ciencia universal*<sup>33</sup>.

Parecería en definitiva como si, en efecto, fuese el propio reconocimiento ejercido del principio de las categorías –por vía de la consideración de las discontinuidades entre las texturas categoriales del *mundus adspectabilis*–, el que, sin perjuicio de empujar por sí mismo a un pluralismo ontológico y gnoseológico radical en el que hacemos consistir el contenido mismo del materialismo, cuando queda concebido más bien como una dificultad a remover, abre la vía a un *monismo* muy característico. Este monismo de fondo terminará por conducir a Mach a comprometerse, junto con figuras de la importancia de W. Ostwald o E. Haeckel, con la fundación de la *Liga monista*, pero también con la puesta en marcha de revistas tales como *The Monist*, &c.

(33) Una ciencia universal –esto es, no categorial– que en todo caso aparecerá como establecida aureolarmente a gran distancia de las disciplinas efectivas mismas, las cuales, a la luz de aquel fantasma gnoseológico (una auténtica *ciencia que se busca*) se podrá ya considerar a título de partes coordinables de la ciencia única: «Pero el que considera los resultados parciales de las ciencias como una ciencia única debe buscar un sistema de conceptos aplicable a todos los campos», Cfr. Ernst Mach, *Análisis de las sensaciones*, Alta Fulla, Barcelona, p. 276. Ahora bien, nos preguntamos por nuestra parte, ¿qué queda de tales partes cuando el mismo todo que les confiere su condición lógica de partes, y que en todo caso no existe más que aureolarmente, queda pulverizado en nombre del propio principio de las categorías que Mach parece resistirse a aceptar como constitutivo (*debe buscar... un sistema de conceptos aplicable a todos los campos*)?. Tan solo esto, responderíamos: su propia condición irrebasable de todos discontinuos refractarios a componerse en un todo categorial alguno (una categoría de categorías, a la que habrá ahora que comenzar por dar por imposible).

## § 2. La solución de Mach

La metodología mediante la cual este monismo se abre camino en el horizonte machiano, la hacemos consistir aquí en una *racionalización holizadora sui-generis*<sup>34</sup> de los campos categoriales de las ciencias físicas, las fisiológicas y las psicológicas. Se trata ante todo de un *despiezamiento* de sus partes anatómicas –en cuanto estas puedan incluir componentes tales como términos, relaciones, operaciones, contextos determinantes, &c.– que quedarían ahora, al cabo de dicho proceso holizador, *resueltas analíticamente* en partes atómicas genéricas (que Mach denomina como es bien sabido *elementos*) al campo psíquico y al físico, dado que tales partes atómicas, elementales, no aparecerían tanto como cuerpos –y de ahí el *sensismo* que tantos le atribuyen para bien o para mal, pero tampoco como sensaciones en sentido egomórfico, en la medida, al menos, en que tanto los cuerpos como también los contenidos egológicos mismos formarían parte de las morfologías anatómicas a holizar.

Así, en efecto, los *elementos machianos*, desde el momento mismo en que se mantienen como *indiferentes*, lo mismo respecto al plano de la mecánica (*mutatis mutandis*, a M1) que de las texturas psicológicas más características (M2, *salva veritate*), representarían, y ello no tanto en sí mismos cuanto en sus relaciones mutuas (relaciones que en este punto se constituyen sobre todo por vía tercio-genérica, esencial, M3), la única vía posible de acceso a una perspectiva científica común a ambos cercos categoriales específicos. Se diría que en su carácter genérico, los *elementos* en los que desemboca la trituración holizadora de Mach en su *regressus*, suponen la única perspectiva que el filósofo de Brno ha podido decantar en vistas a una *ecualización* de la mecánica y la psicología en una *ciencia universal*<sup>35</sup>. Una tal ciencia –según decimos, de signo más bien intencional que efectivo– no se conforma, para decirlo remedando la célebre sentencia del Avenarius en conversación con Friedrich Carstanjen<sup>36</sup>, como una ciencia de lo físico o de lo psíquico, «sino de una tercera cosa».

(34) Sobre este asunto remitimos al lector a la lectura del siguiente artículo esencial de Gustavo Bueno, «Algunas precisiones sobre la idea de 'holización'», en *El Basilisco*, N° 42, 2010, pp. 19-80

(35) Por cierto, una perspectiva que en el ejercicio (y en la representación) mantendría también Wilhem Wundt en obras clave del desenvolvimiento de sus compromisos teóricos –de signo monista– como meta-psicólogo (es decir, como filósofo) tales como sus céleberrimas *Grundzüge der Physiologischen Psychologie*, Leipzig, 1871. Una conexión que Mach pudo reconocer por cierto en múltiples ocasiones. En la exposición pública de la primera versión de este trabajo en Oviedo en la primavera de 2016, Gustavo Bueno tuvo ocasión de abundar con extraordinaria penetración en esta conexión wundiana.

(36) Según lo refiere Lenin en *Materialismo y empiriocriticismo*, Planeta de Agostini, Barcelona, 1986, p. 144. Lenin añade, sacando adelante un monismo acaso todavía más terminante: «(...) pues cada uno de nosotros sabe qué es lo físico y qué es lo psíquico, pero ninguno de nosotros sabe, en el momento presente, qué es la tercera cosa. Avenarius no usa tal subterfugio más que para borrar las huellas, declarando *de hecho* que el Yo es lo primario (término central) y la naturaleza (el medio) lo secundario (contratérmino)» Cfr. Lenin, *op cit*, pp. 144-145.

Y no creemos marrar el disparo si situamos precisamente aquí –y quizás no tanto en el *sensismo empirista*, que provendría acaso de muchas otras fuentes propias– la verdadera razón de la influencia del machismo en el Círculo de Viena, por el lado del monismo gnoseológico de la *ciencia unificada*<sup>37</sup>. Solo que –ya se entenderá– no cabe en modo alguno confundir esta ciencia de los elementos a la que Mach procura atenerse<sup>38</sup> con una ciencia categorial positiva: antes al contrario, se tratará, en todo caso, de una ciencia *que se busca* y que tan solo aureolarmente puede darse por establecida.

De otro modo: la circunstancia de que en la línea del *regressus* Mach pueda, sin duda que muy cómodamente, proceder a reducir las partes morfológicas de las ciencias efectivas a unos *elementos gnoseológica y ontológicamente indeterminados (ni físicos, ni psicológicos, ni fisiológicos... como que son verdaderos lisologismos)* es algo que en manera alguna prueba que, en la línea del *progressus*, tales elementos permitan reconstruir las morfológicas de partida. Si dan la impresión de que hacen posible tal reconstrucción *in totum* será en todo caso –y semejante extremo nos parece fundamental– porque en realidad Mach estaría contando en todo momento con las verdaderas partes morfológicas de las propias ciencias de referencia<sup>39</sup>, de donde se aplicará aquí un dialelo de tal naturaleza que hace ver con total claridad que los elementos no tendrán parte alguna efectiva en dicha reconstrucción. Y ello con la carga de artificiosa petición de principio que dicha recomposición involucraría al proceder, *en el regressus*, dando circularmente por supuestos los mismos términos *ad quem* a los que nos devuelve el circuito reconstructivo en la línea del *progressus*.

Digámoslo con mayor claridad: es lo cierto que los elementos neutrales a los que se refiere Ernst Mach (a diferencia, pongamos por caso, de los *Elementos* de Euclides, pero también, a su modo, de los *elementos-raíces* de carácter decididamente mito-poiético en su mismo racionalismo compositivo<sup>40</sup> de la cosmología presocrática de Empédocles) no aparecen tanto como *principia media* gnoseológicos, puesto que, para empezar, involucran una difuminación de la misma escala

(37) Philipp Frank coincide con nuestro diagnóstico. Al respecto puede verse su «Ernst Mach and the unity of science» en Robert S. Cohen y Raymond Seeger (eds), *Ernst Mach. Physicist and Philosopher*, Boston Studies in the Philosophy of Science, vol VI, 1970, pp. 235-245

(38) Y que, por cierto, coincide expresamente con la perspectiva esencialista del positivismo logicista de Rudolf Carnap en su *Der Logische Aufbau der Welt de 1928*, una obra fundamental del primer Carnap en el que el gran filósofo de Ronsdorf trata de reducir la *facies totius universi* a unos constituyentes últimos que, lejos de poder quedar atrapados en términos coporeístas (*fisicalistas*) o fenoménicos, se constituyen por vía lógico-formal, terciogénica o esencial. El revisor anónimo de la revista *El Basilisco* nos llamó la atención sobre esta situación carnapiana que resulta a la postre tan coordinable con la machiana.

(39) Como de hecho lo hace, sobre todo en el *Desarrollo histórico-crítico de la mecánica*. Insistimos: los verdaderos *elementos* de los que consta este libro clave no consistirán en otra cosa que en el mismo contenido de la ciencia mecánica en su desarrollo histórico y tecnológico, desde las palanca y las poleas a las máquinas térmicas o a los mismo teoremas científicos que cristalizan en el interior del campo categorial de referencia.

(40) Nos adherimos al profundo estudio de Gustavo Bueno en *La metafísica presocrática*, Pentalfa, Oviedo, 1974, pp. 284 y ss.

corpórea a la que se ajustan las operaciones científicas y los mismos contextos determinantes en cuyo seno estas tienen lugar productivamente.

Y bien, advertiremos en todo caso lo siguiente: este monismo gnoseológico, tan del gusto del neopositivismo vienés<sup>41</sup> en algunas de sus vertientes, se solidariza muy estrechamente con un monismo ontológico, el cual, sin perjuicio de las intenciones declaradamente anti-metafísicas de Mach en el principio mismo de su libro *Análisis de las sensaciones*<sup>42</sup>, nos pone sobre aviso del carácter rotundamente metafísico, pese a las apariencias falaces en contra de signo positivista, de su propia doctrina.

Empero, no se tratará tanto de enfatizar que Mach hubiese reducido la materia (se sobreentenderá aquí: la materia corpórea) a las *sensaciones* – y en este sentido: *M1 a M2*–, puesto que, aunque ello fuese así – y esta es la crítica de Lenin<sup>43</sup> –, habrá que reconocer que dicho formalismo secundario aparece como limitado, internamente rectificado, por el propio filósofo austríaco cuando afirma, siguiendo en esto a Hume todavía más que a Berkeley, que los elementos a los que, a falta de mejor denominación, caracteriza como *sensaciones*, no representan en todo caso contenidos, diríamos *intra-psíquicos*, de ninguna conciencia, puesto que el propio *ego psicológico-diminuto* se presenta en su sistema a título de una conformación tan inestable y fenoménica como puedan serlo los propios cuerpos.

Nos parece que la crítica que Lenin formula desde las coordenadas del materialismo dialéctico reviste, a lo sumo, un alcance ontológico-especial, y en este plano no solo el «machismo», sino el propio Diamat, se mantiene como formalismos, aunque fuese de signo opuesto (*contraria sunt circa eadem*), frente a la evidencia crítica de la reductibilidad mutua de M1 y M2<sup>44</sup>.

Ahora bien, es en el plano de la ontología general donde el sistema de Mach se desenvuelve como un

(41) Alguien como Richard von Mises formula del modo más inequívoco una tal *simpatía vienesa* por el alcance supuestamente anti-metafísico de los contenidos doctrinales de la filosofía machiana. Debe consultarse, Richard von Mises, «Ernst Mach and the Empiricist Conception of Science» en Robert S. Cohen y Raymond J. Seeger, *op cit*, pp. 245-270

(42) Véase al respecto su primer capítulo titulado muy reveladoramente «Consideraciones preliminares antimetafísicas».

(43) Vid Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, Planeta de Agostini, Barcelona, 1986, pp. 66-90. Véanse ante todo las páginas 87 y ss., donde Lenin no para en barras ante el trámite de interpretar la posición de Mach como una suerte de solipsismo que Mach, según nos parece, ni ejercita ni representa. El *Diccionario soviético de filosofía* de Mark Moisevich Rosental y Pavel Fedorovich Iudin reproduce en sus diferentes ediciones esta identificación del machismo y el idealismo subjetivo. Atiéndase a la voz «Ernesto Mach» en sus versiones de 1946, 1959, 1965 y 1984.

(44) Una evidencia crítica que, acaso paradójicamente Blaise Pascal se habrá encargado de certificar del modo más nítido en sus *Pensamientos* («por el espacio el universo me absorbe y me comprende como a un punto, por el pensamiento yo lo comprendo»). La paradoja la hacemos residir en que la ad equivalencia entre las reducciones recíprocas de ambos géneros de materialidad, en cuanto que esta bloquearía toda hipostatización posible- sea naturalista, sea por el contrario idealista subjetiva- del *mundus ad spectabilis*, habría sido señalada por alguien como Pascal el cual, sin perjuicio de su *devoción espiritualista jansenista*, estaría en este contexto más cercano al materialismo que negadores de la existencia de vivientes incorpóreos como Lenin o Mach.

*monismo mundanista*, en el seno del cual comenzará a ser posible sostener, frente a toda amenaza pluralista (una amenaza que, suponemos, se comprenderá como *anti-económica*), que los *elementos*, en la medida misma en que son tanto físico-corpóreos como sensoriales-apatéticos, y sus relaciones recíprocas (tercio-genéricas) dan cuenta *in integrum* del *mundus adspectabilis*, de suerte tal que este mismo Mi (M1,M2,M3) podrá ahora ser concebido como si se sostuviese a sí mismo dentro de las mallas de su propia totalidad auto-abarcadora. Sin duda, esto es lo central: las relaciones entre los elementos se entienden en todo momento por parte de Mach como si todos estuvieran penetrando a todos a la manera de las homeomerías de Anaxágoras<sup>45</sup> (*todo está en todo*), de donde las cadenas de causalidad que fuese posible establecer entre ellos no podrán, en todo caso, figurar sino como cortes gratuitos que rebanasen artificialmente una totalidad metafinita en la que *el ser toca con el ser*. Una tal doctrina de la causalidad, repárese en esto, se mantendría nuevamente, si no nos equivocamos en la interpretación, más cerca del *formalismo* de David Hume con su crítica de la relación de causa a efecto que abre camino al contingentismo acausalista característico de la tradición empirista anglosajona<sup>46</sup>, que de la doctrina, a su modo enteramente *malenbranchiana* (*Dios causa única*), que encontramos en el obispo Berkeley.

Resulta importante comprender bien el siguiente punto: una tal totalización mundana es, sin duda, el resultado de una idea de *Ego* que opera en el ejercicio, sin perjuicio de la crítica de Mach (también, en este punto, un *David Hume* germánico) a la sustancialidad del *Ego* psicológico en la línea del «tabú del ego» señalado por Gustavo Bueno en su reciente ensayo *El Ego trascendental* (Pentalfa, Oviedo, 2016<sup>47</sup>). Sostiene Mach: «Por consiguiente el ‘yo’ puede ser ensanchado en tal medida que concluya por abarcar el mundo entero.»<sup>48</sup> Y es que, ciertamente, ¿no puede advertirse aquí una noción muy aproximada a la idea del *Ego trascendental* (E) en cuanto que totaliza a Mi haciéndose de este modo equivalente a él desde una perspectiva denotativa.

Dicho sea de paso, una tal concepción trascendental del *Ego*, establecida aquí en el ejercicio de la propia totalización del *mundo* como conjunto auto-contenido de los elementos, nos ofrece asimismo la medida de la distancia que mediaría entre el sistema del empiriocriticismo machiano y el materialismo filosófico de Gustavo Bueno. Y ello, al menos si tenemos en cuenta que esta noción de E que Mach estaría contemplando aquí, sin perjuicio de identificarse con Mi según su

(45) Nos basamos en el análisis de Gustavo Bueno, «Las estructuras ‘metafinitas’», *Revista de Filosofía del Instituto Luis Vives*, CSIC, tomo XIV, nº 53 y 54, 1955, pp. 223-291.

(46) Un acausalismo por cierto que habría sido enteramente prefigurado por vía *voluntarista* en la metafísica franciscana de un Occam, &c. Ideas importantes al respecto en Javier Pérez Jara, *op cit*, pp. 311 y ss.

(47) Repárese sobre todo en las pp. 72-74 de este libro fundamental.

(48) Cfr. Ernst Mach, *Análisis de las sensaciones*, Alta Fulla, Barcelona, 1987, p. 12.

propio acervo denotativo, muy lejos de intercalarse diaméricamente entre los engranajes institucionales de los imperios universales diapolíticos (el Imperio Helenístico, el Imperio Romano, el Imperio Hispánico) a la manera de un episodio suyo, figura en tanto que tratado en total abstracción gnóstica respecto a tales sociedades políticas imperiales efectivas. Y con ello Mach estaría ahora moviéndose, *secundum quid*<sup>49</sup>, en las proximidades de la atmósfera *meteca*, gnósticamente implantada, de la cual personajes como Plotino o como Ludwig Wittgenstein pudieron alimentarse.

Solo que, vistas las cosas desde la concepción del materialismo filosófico, si la *conciencia filosófica machiana* pudo mantenerse en las cercanías de una idea universal como pueda serlo la de *Ego trascendental*, ello desde luego no será disociable de los propios ortogramas del Imperio Hasbúrgico (*Imperial y Real*) en el que Mach condujo toda su vida –justamente el año de su muerte (1916) coincide con los estertores finales de una organización totalizadora<sup>50</sup> que quedaría desintegrada en el tratado de Saint Germáin en Laye de 1919.

Pero sea de ello lo que sea, sucede –y esto es lo que en el presente contexto estimamos que resulta central– que un tal *Ego trascendental* (E) y el propio *mundus adspectabilis elemental* (Mi), cuyos límites respectivos parecerían quedar fusionados aquí en el ejercicio de su totalización misma, no resultan en cambio desbordados mutuamente por ninguna idea regresiva envolvente (M) que pudiese figurar como desbloqueando su hispotatización recíproca. Pensemos, en este punto, en la crítica de Ernst Mach a Kant y a Berkeley, tal y como esta pudo ser sacada adelante, por ejemplo, en el *Análisis de las sensaciones*:

¿Se quiere que concrete la diferencia en una palabra? Berkeley ve los «elementos» condicionados por algo desconocido, que está fuera de ellos (Dios), y luego Kant como realista más sobrio inventa «la cosa en sí», mientras que yo supongo una dependencia mutua práctica y teórica de los elementos. Yo creo que no se ha tenido en cuenta lo suficiente el horror de Kant, tan comprensible natural y psicológicamente, a ser tenido por un fantaseador. Solo desde este punto de vista se comprende que el hombre para el cual los conceptos solo tienen valor y sentido aplicados a la experiencia, pudiese inventar una cosa en sí sobre la cual no se puede tener experiencia alguna. El hombre vulgar y el investigador se muestran en absoluto prudentes al oponer a la sensación particular de los órganos, la cosa como complejo de todas las experiencias recordadas y aun esperadas que se enlazan con aquella. Para el que piensa como Kant, este pasar los límites de la experiencia carece de todo sentido.<sup>51</sup>

(49) Véase Gustavo Bueno, *Ensayos materialistas*, Pentalfa, Oviedo, 1972, pp. 250 y ss, para esta aproximación aparentemente *asombrosa* y aun-para muchos, suponemos- extravagante entre Plotino y Wittgenstein a título de pensadores gnósticamente implantados.

(50) Para el concepto de «organización social totalizadora», cfr. Gustavo Bueno, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*, Ciencia Nueva, Barcelona, 1970, pp. 29 y ss.

(51) Cfr. Ernst Mach, *op cit*, p. 318.

Y es que lo que Mach parece estar impugnando en la doctrina de sus ilustres predecesores justamente pasa por el reconocimiento de una instancia crítica que hiciese posible corregir los poderosos impulsos hacia el monismo mundanista, siempre latentes en el idealismo tradicional en virtud de la misma identificación denotativa entre E y Mi (ya sea por la vía del idealismo trascendental kantiano, ya por la del *idealismo material* de Berkeley). Y nótese que esto sería así tanto en el caso del Dios cristiano – sin perjuicio de sus abundantes componentes homomínicos respecto del mundo– como, sobre todo, en lo atinente al Nómeno kantiano, en tanto que *cosa en sí* indeterminada.

Diríamos simplemente a este respecto que para Mach (el cual, por cierto, en este sentido no haría otra cosa que recorrer muy de cerca los pasos efectuados por Fichte en su crítica al idealismo trascendental kantiano), la *cosa en sí* aparece ante todo como un *residuo*, esto es, a la manera de una *barredura* impertinente desde el punto de vista del mismo idealismo (y recuérdese la denuncia de Jacobi sobre lo contradictorio del propio concepto de *cosa en sí* en tanto que límite crítico del sistema filosófico kantiano: *sin la cosa en sí no puedo entrar en el sistema, con la cosa en sí no puedo permanecer en él*), un «resto» de dogmatismo que hubiese que procurar rectificar a toda costa. En el reflujo de una tal recusación del Nómeno (M), tanto Fichte como Mach acabarán por verse abocados a un rocoso mundanismo en el que, si no nos equivocamos demasiado, Lenin participa igualmente a pleno pulmón. Para ellos, en definitiva, y he aquí lo esencial de nuestro diagnóstico, *orbit sufficit: el mundo es suficiente*.

Y al menos, desde un tal punto de vista, la querella de Lenin contra el empiriocriticismo de Ernst Mach adopta en rigor la forma de una polémica *entre monistas mundanistas*. Algo que, si bien se ve, no resulta tampoco en modo alguno inaudito. Al menos si es que, en efecto, *contraria sunt circa eadem*.

Fecha de recepción: 15-3-2016

Fecha de aprobación: 28-3-2016

